

DESASTRE DE RANCAGUA Y FUGA A MENDOZA

ENSOBERBECIDO con la expectativa de triunfar sobre gentes minadas por sus odios internos, Osorio dirigía el 20 de Agosto de 1814 un oficio irónico “a los que mandaban en Chile”, anunciándoles que el Tratado de Lircay era nulo y exigiéndoles que en diez días depusiesen las armas y se sometiesen al régimen. En un pasaje de ese oficio dice Osorio: “Yo, los oficiales y tropas que hemos llegado a este reino, venimos o con la oliva en la mano proponiendo la paz, o con la espada y el fuego a no dejar piedra sobre piedra en los pueblos que sordos a mi voz quieran seguir su propia voluntad.”

Un parlamentario, el capitán Pasquel, llevó esta misiva. El terrible presbítero Uribe se enfureció con el parlamentario y lo metió a la cárcel pública “porque había dicho muchas insolencias”, dice Carrera, y agrega que “se le puso una barra de grillos para que pagase estos insultos.” La contestación se le remitió a Osorio con el trompeta que acompañó a Pasquel.

O'Higgins, con un patriotismo superior que nunca lo abandonó, hizo saber a Carrera que los momentos no eran para discordias y que debía buscarse un arreglo inmediato que permitiese salvar a la patria de la amenaza de Osorio. A Osorio le había contestado Carrera el 29 de Agosto diciéndole que "la nueva agresión de Ud. lo hará criminal delante de Dios, del Rey y del mundo entero si en el momento no desiste desamparando nuestro territorio." ¡Todavía se hablaba de la obediencia al Rey!

El 2 de Septiembre de 1814 O'Higgins y Carrera celebraron a solas una conferencia cerca del río Maipo. "A las once del día nos juntamos en los callejones de Tango, que era el paraje destinado", dice Carrera. "Aunque tratamos hasta las oraciones, ni yo sé lo que nos quitó tanto tiempo." Se separaron en forma cordial pero sin llegar a acuerdo alguno. Al día siguiente O'Higgins fué a Santiago y reconoció al Gobierno existente, "único partido que le quedaba", dice Carrera, y agrega: "Se alojaron todos ellos en casa y fueron tratados sin la más pequeña demostración de resentimiento. O'Higgins me juró muchas veces su sincera amistad y procuró que me satisficiera de tantas protestas."

O'Higgins y Carrera recorrieron juntos las calles de Santiago visitando los cuarteles. El 5 de Septiembre de 1814 aparece en el Diario de Carrera esta única frase: "O'Higgins volvió a su división para ocupar a Rancagua luego que estuviera reorganizada." Es el primer anuncio de la concentración precursora del desastre.

El plan de campaña para resistir el avance de Osorio fué objeto de grandes cavilaciones. Unos querían defender la línea del río Cachapoal. Otros proponían resguardar la Angostura de Paine, donde el valle central de Chile deja sólo un pequeño desfiladero. O'Higgins, desorientado, no sabía qué partido tomar, y por fin le escribía a Carrera diciéndole: "El punto de Rancagua es de suma importancia para el enemigo, y para nosotros no hay otro igual en todo el reino. Se puede hacer en él una vigorosa defensa sin exponer mucha tropa ni aventurar la acción, aun cuando nuestra fuerza sea la cuarta parte menor."

Las Angosturas de Paine en que Carrera pensó en un momento, fueron abandonadas con líneas de defensa recién comenzadas porque había por Aculeo otro camino que permitía pasar con artillería de montaña y envolver las tropas que estuviesen defendiendo ese punto.

Con fecha 14 de Septiembre le decía O'Higgins a Carrera: "Ya es tiempo de reunir el grande ejército. Ud. debe ocupar el lugar de generalísimo. Es preciso salvar a Chile a costa de nuestra sangre. Yo a su lado serviré de edecán, ya dirigiendo cualquiera división, pequeña partida o manejando el fusil. Es necesario para la conservación del Estado no perdonar clase alguna de sacrificios. El influjo de Ud. en el ejército, alguno pequeño mío reunido, será alguna ayuda." Y terminaba la carta diciendo: "Adiós, mi amigo, soy el de siempre."

O'Higgins estaba persuadido que Rancagua, bien defendido, era inexpugnable, y le pedía a Carrera grandes refuerzos. Al propio tiempo Carrera le pedía a O'Higgins que defendiese las Angosturas de Paine. Entretanto Osorio, que había salido de Talca el 15 de Septiembre, comenzaba el 1.º de Octubre el memorable sitio de Rancagua en que la Patria Vieja se eclipsó en un glorioso desastre.

Rancagua, trazada según el plan del Presidente Manso de Velasco, formaba entonces un cuadrado perfectamente regular, y O'Higgins, sitiado por las fuerzas superiores de Osorio, conformó a esa figura geométrica su plan de defensa. En la plaza de la ciudad concentró sus tropas. La torre de la Iglesia de la Merced le sirvió de mirador, y desde lo alto del campanario escudriñaba el horizonte para medir las fuerzas del adversario y para ver, cuando ya estaba a punto de sucumbir en la mañana del 2 de Octubre, si llegaba en su auxilio la división maltrecha e insuficiente que comandaba Carrera. Resueltos a pelear hasta la muerte, sitiadores y sitiados enarbolaban pendones negros. Ni daban ni pedían cuartel. "¡Viva la Patria!" gritaban los sitiados. "¡Rendirse, traidores!" respondían los sitiadores. Y después de dos días en que los sitiados no conocieron ni la comida, ni el sueño, y en los cuales, como dice la relación del combate dictada por el propio O'Higgins, "los cadáveres servían para guarecerse contra las balas enemigas o para tapar las brechas abiertas por el cañón", éste, en un arranque de heroísmo y desesperación, se abrió paso entre las fuerzas realistas con 300 combatientes y pudo emigrar poco después a Mendoza a rehacer con San Martín el Ejército Patriota que habría de vengar esta derrota en los campos de Chacabuco y de Maipú.

Hasta su muerte sostuvo Carrera que el desastre de Rancagua no se habría producido sin la obstinación de O'Higgins para encerrarse allí en vez de conservar su libertad de movimientos reuniéndose al resto del ejército



"LA TORRE DE LA IGLESIA DE LA MERCED LE SIRVIO DE MIRADOR, Y DESDE LO ALTO DEL CAMPANARIO ESCUDRISABA EL HORIZONTE. . ." (Pág. 54).

de Carrera que había acudido a contener a los realistas en las angosturas de Paine, cuatro leguas al Norte de aquel pueblo. Y aun agregaba que si O'Higgins, en vez de intentar, como lo hizo, una salida, se hubiese sostenido unas horas más, hasta que su ejército hubiese atacado a los realistas, estos últimos no habrían podido resistir y habrían tenido que replegarse sobre Concepción. "Pudo haberse sostenido y no quiso hacerlo, a pesar de sus órdenes, porque sin duda tenía su plan formado." (1)

Los fugitivos de Rancagua llevaron a Santiago la terrible nueva. El iracundo Uribe impartió instrucciones feroces al Gobernador de Valparaíso. "Al momento incendie U.S. los buques y dejando a Valparaíso en esqueleto, retírese con todas las fuerzas a esta capital sin perder un instante." Con una actividad prodigiosa hacía empaquetar los caudales de la Casa de Moneda y anunciaba públicamente el abandono de la ciudad.

Al amanecer del 3 de Octubre llegaba a Santiago don José Miguel Carrera y rectificaba las primeras órdenes de Uribe diciéndole al Gobernador de Valparaíso que si hubiesen quedado algunos buques menores después de la orden anterior de incendiarlos, los hiciese marchar hacia Coquimbo con cañones y pertrechos, y le agregaba: "Se encarga de nuevo a U.S que no deje otra cosa que escombros."

Carrera había resuelto abandonar Santiago, recogiendo previamente todo lo que tenía algún valor: caudales de la Casa de Moneda, plata labrada de las iglesias y conventos, todo lo que, según el propio Carrera, sumaba alrededor de trescientos mil pesos de la época. En su Diario dice, con fecha 4 de Octubre de 1814: "Para no dejarle al enemigo algunas cosas que pudiesen aumentar su erario o proporcionarle recursos para la guerra, dispuse y por mi mismo hice saquear, a los pobres, la administración de tabacos que encerraría el valor de 200,000 pesos; en menos de dos horas estaba la casa tan limpia que no le dejaron ni las puertas de la calle. La provisión general sufrió la misma suerte. La maestranza de artillería, los repuestos de madera y todo el cureñaie que no se había podido conducir, se entregó al fuego. Los cuarteles fueron saqueados. La casa fábrica de fusiles también fué saqueada de mi orden, después de extraer de ella lo más útil que se podía conducir, y cuando estuvo perfectamente saqueada, se le dió fuego. La casa

(1) Relato verbal de Carrera al Coronel argentino Don Manuel A. Pueyrredón. "Escritos históricos", página 69.

de pólvora y sus molinos también fueron destruídos a fuego.”

Hizo desarmar también la imprenta en que se había impreso “La Aurora” y recoger todos los archivos de gobierno, que, por desgracia, se perdieron con este motivo en gran parte.

José Miguel Carrera, a la cabeza de las tropas derrotadas salía camino de Santa Rosa de Los Andes para llegar a Mendoza. Nunca debía volver a Santiago. En Santa Rosa de los Andes quiso reorganizar su ejército para replegarse sobre Coquimbo y empezar allí una campaña de resistencia; pero Osorio había salido el 6 de Octubre de Santiago por la cuesta de Chacabuco a perseguir a los fugitivos. No tuvo más remedio que retirarse hacia la cordillera para “seguir de allí a socorrer a Coquimbo mediante la protección que debíamos experimentar de nuestros aliados,” como dice en su Diario. O’Higgins ya estaba en Mendoza. Osorio dejaba sometido de nuevo al zarandeado reino de Chile a la Corona de España. Grandes fueron los sufrimientos de los emigrados que atravesaron Los Andes, cubiertos de una espesa capa de nieve a pesar de la estación. Llevaban además el frío en el alma y acaso el remordimiento en la conciencia. ¡Si sólo hubiese reinado un poco más de concordia entre ellos! Mendoza, que por tantos años había sido parte de Chile, los recibió con los brazos abiertos. Gobernaba la provincia el coronel don José de San Martín, que al tener noticia, el 9 de Octubre, del desastre de Rancagua, había enviado a la cordillera más de mil mulas para facilitar la retirada de los patriotas, así como todos los víveres que pudo procurarse. O’Higgins encontró en San Martín una acogida franca y calurosa. Carrera se encontró con éste en el paso de Uspallata, y los dos caudillos siguieron su camino sin saludarse. ¡Mal comenzaba para Carrera la etapa del destierro y de la reconquista española de Chile!

En esos instantes ¡qué admirablemente les cuadraban a aquellos hombres las palabras con que Shakespeare apostrofaba a Cromwell en su Enrique VIII:

“Cromwell, os conmino, desechad la ambición; por ese pecado cayeron los ángeles!”

Pero la ambición era en Carrera un torrente desbordado. En su alma no podía haber paz porque la paz sólo

comienza allí donde termina la ambición. Había caído; pero sólo pueden caer los que se elevan y el destierro a que iba tenía a sus ojos más terrores que la muerte.

Doblemos piadosamente la hoja sobre esa “era de gloria y escándalo denominada “La Patria Vieja” de que los Carrera fueron los brillantes y turbulentos protagonistas.” (1)

(1) Vicuña Mackenna.—Ostracismo de los Carrera.

CAPITULO XXIII.

ABDICACION Y DESTIERRO.

AL malestar público que crecía por momentos sólo le faltaba un caudillo que encabezase la cruzada. Lo encontraron los vengadores de Carrera y de Manuel Rodríguez en el General don Ramón Freire que, a la sazón, desempeñaba el cargo de Intendente de Concepción y gozaba del prestigio de ser un soldado valiente y un ciudadano patriota y abnegado. Cuando hacía apenas mes y medio que se había promulgado con tanta pompa la Constitución de 1822, Freire constituía en Concepción una junta popular y con fecha 2 de Diciembre notificaba a O'Higgins que de allí en adelante no reconocería su autoridad.

Coquimbo siguió el ejemplo de Concepción por manera que de las tres provincias de que entonces se componía Chile sólo Santiago permanecía fiel.

Ante esta ola que se levantaba principalmente contra Rodríguez Aldea, este renunciaba el 7 de Enero de 1823. Pero era demasiado tarde. La impopularidad del ministro había envuelto al Director Supremo.

O'Higgins quedó solo, entregado a sus propias inspiraciones. En su naturaleza predominaban la generosidad y la benevolencia. Y esas virtudes excelsas prevalecieron en la hora suprema de la crisis para bien de Chile y honra de aquel hombre que nació negado por su padre y murió negado por su patria. Fué su destino ser el eterno proscrito.

Como en los momentos graves se celebró un Cabildo Abierto para que todos los vecinos influyentes de la capital expresaran sus opiniones, señalaran rumbos y decidiesen la suerte de la patria. Era el 28 de Enero de 1823. El edificio del Consulado situado en la que es hoy plaza Montt-Varas desbordaba de gente. Abierta la Asamblea una diputación fué a invitar a O'Higgins a la reunión. Se negó a concurrir y en cambio se fué al cuartel del Escolta, donde destituyó al Comandante don Mariano Melo que aparecía confabulado para derrocarlo. Con sus propias manos le arrancó las insignias del mando. En el cuartel de la Guardia de Honor hizo otro tanto con el Coronel Pereira. La tropa lo aclamó. Había llegado allí y ejecutado todo esto enteramente solo. No lo acompañaba ni un edecán ni un ordenanza. Dominó la situación sin ayuda de nadie, y en ese momento le habría bastado levantar la mano para disolver de un golpe el Cabildo Abierto. No quiso hacerlo, sin embargo. Una nueva diputación llegó hasta él a pedirle que concudiese a la reunión. Volvió a negarse diciendo que el Cabildo fuera de su sala y de sus funciones carecía de toda personería. Pero uno de sus ayudantes—el que más tarde fué el General Cruz—pudo más que todas las diputaciones y logró convencer a O'Higgins que debía ir al Cabildo Abierto. Y O'Higgins fué. La sala entera se puso de pie para recibirlo. Con perfecta compostura y serenidad O'Higgins paseó su mirada y preguntó:

—“¿Cuál es el motivo de esta reunión y el objeto para que se me ha llamado?”

Egaña y Errázuriz le significaron que debía dimitir.

—“Para dejar el mando—dijo O'Higgins—debería hacerlo ante un cuerpo o una corporación que representase a la nación y las personas que están aquí reunidas de ninguna manera tienen esa representación.”

Don José Miguel Infante le hizo ver que sólo ejercía su autoridad en Santiago.

“Pero hasta ahora—dijo O'Higgins—yo no veo a la nación, si esta desconoce mi autoridad. ¿Cuáles son los poderes que ha dado a la presente reunión? Ejerciendo yo la suprema autoridad de la

República debo delegarla en comisionados nombrados por ella misma. Lo que aquí se hiciera podría mañana rechazarlo la nación."

Como se le insistiese preguntó O'Higgins:

"¿Y quiénes han comisionado a Uds. para hablarme de esta manera?"

Muchas voces le respondieron a un tiempo pero O'Higgins imperturbable dijo:

"Desprecio ahora la muerte como la he despreciado en el campo de batalla."

Y como era cierto, se impuso. Pidió que se despejase la sala y se le permitiese discutir con gente respetable y representativa. A propuesta de don Mariano Egaña se designó un comité de diez personas.

A puertas cerradas discutió O'Higgins con calor pero poseído de la dignidad del puesto y de la solemnidad del momento.

Concepción y Coquimbo ya lo habían abandonado. Ahora lo abandonaba Santiago. Comprendió que no debía insistir y abdicó el mando entregando el gobierno a una Junta Gubernativa compuesta de don Agustín Eyzaguirre, don José Miguel Infante y don Fernando Errázuriz.

Firmó el documento respectivo, se desprendió de las insignias del mando y habló de esta manera:

—“Siento—dijo señalando la banda tricolor de que acababa de despojarse—no dejar esta insignia ante la Asamblea Nacional de quien últimamente la había recibido; siento retirarme sin haber consolidado las instituciones que ella había creído propias para el país y que yo había jurado defender pero llevo al menos el consuelo de dejar a Chile independiente de toda dominación extranjera, respetado en el extranjero, cubierto de gloria por sus hechos de armas. Doy gracias a la Divina Providencia que me ha elegido para tales bienes y que me ha concedido la fortaleza de ánimo necesaria para resistir el inmenso peso que sobre mí han hecho gravitar las azarosas circunstancias en que he ejercido el mando. Al presente soy un sim-

ple particular, mientras he estado investido de la primera dignidad de la República, el respeto, si no a mi persona al menos a ese alto empleo, debía haber impuesto silencio a vuestras quejas. Ahora podéis hablar sin inconvenientes; que se presenten mis acusadores. Quiero conocer los males que he causado, las lágrimas que he hecho derramar. ¡Acusadme! Si las desgracias que me echáis en rostro han sido, no el efecto preciso de la época en que me ha tocado ejercer la suma del poder, sino el desahogo de mis malas pasiones, esas desgracias no pueden purgarse sino con mi sangre. Tomad de mí la venganza que queráis, que no opondré resistencia. Aquí está mi pecho." (1)

Se abrió violentamente la casaca. La Asamblea entera de pie prorrumpió en un estentóreo "¡Viva O'Higgins!"

Su vida pública había terminado noble, majestuosamente dejando tras de sí una estela luminosa de espíritu cívico y valentía personal.

Días más tarde salía de Santiago camino de Valparaíso, a hospedarse en casa de su viejo amigo Zenteno que con él había preparado la Expedición Libertadora del Perú. En esas horas de cruel y amarga decepción le quedaba todavía una humillación que sufrir. El General Freire que había asumido el mando dió orden de arrestarlo. Se pretendía someterlo a un juicio de residencia. O'Higgins se irguió como un león acorralado. Era aquello el mayor agravio que podía hacerse. Al abdicar se le había declarado inviolable en la forma más solemne y ahora, a más de traicionar un compromiso sagrado se le afrentaba con un bochorno que ningún otro gobernante de América había sufrido.

Pero sus protestas fueron vanas. Sus enemigos intoxicados con el triunfo querían vengarse y el Senado, dócil a esas inspiraciones acordaba en su sesión del 21 de Abril de 1823 residenciarlo:

- 1.º Por los actos de Gobierno en que había procedido por sí mismo;
- 2.º Por el nombramiento de sus ministros;
- 3.º Por haber desoído las reclamaciones del Senado acerca de las infracciones de la Constitución.

(1) Orrego Vicuña.—*Espíritu constitucional de la Administración O'Higgins*. Página 220.

Ese mismo día se organizó el Tribunal de Residencia pero pudo más el recato y la conciencia individual que los dictámenes de una Asamblea desorientada por la pasión y todos los jueces designados entre los cuales estaba don Diego Portales alegaron implicancia. No era posible encontrar en un Chile recién libertado por él, gentes que se presantasen para vejarlo y condenarlo.

El 28 de Abril de 1823 le escribía O'Higgins a su amigo y defensor don Miguel Zañartu estas palabras:

“Yo no temo responder de mi conducta a la nación por la cual me he impuesto tantos sacrificios; pero lamento el ajamiento de mi persona.”

Aquel descabellado juicio de residencia murió de inanición. El 2 de Agosto de 1823 Freire le enviaba una nota-pasaporte llena de elogios dándole licencia por dos años a condición que el Gobierno supiese siempre donde se encontraba.

Herido en las fibras más delicadas de su alma, resolvió irse al Perú con toda su familia.

Se hizo a la vela el 19 de Julio de 1823 en la corbeta británica “Fly”; pero antes lanzó al pueblo chileno una proclama que reboza nobleza, patriotismo y generosidad:

“Compatriotas,—decía,—ya que no puedo abrazaros en mi despedida, permitidme que os hable por última vez. Con el corazón angustiado y la voz trémula os doy este último adiós; el sentimiento con que me separo de vosotros sólo es comparable a mi gratitud; yo he pedido, yo he solicitado esta partida que me es ahora tan sensible; pero así lo exigen las circunstancias que habéis presenciado y que yo he olvidado para siempre. Sea cual fuere el lugar a donde llegue, allí estoy con vosotros y con mi cara patria; siempre soy súbdito de ella y vuestro conciudadano. . . Aquí os son ya inútiles mis servicios y os queda al frente del gobierno quien pueda haceros venturosos. El Congreso va a instalarse, y él secundará sus esfuerzos, vuestra docilidad los hará provechosos. Debéis recibir en breve sabias instituciones acomodadas al tiempo y a vuestra posición social; pero serán inútiles si no las adoptáis con aquella deferencia generosa que prestaron a

Solón todos los partidos que devoraban a Atenas. ¡Quiera el Cielo haceros felices, amantes del orden y obsecuentes al que os dirige!... ¡Virtuoso ejército! ¡Compañeros de armas! llevo conmigo la dulce memoria de vuestros triunfos, y me serán siempre gratos los que la patria espera de vosotros para consolidar su independencia.”

¡Qué bella lección de patriotismo y qué noble ejemplo de elevación de alma! ¡Ni un reproche siquiera! Podría recordarse, leyéndola, aquella frase de La Rochefoucauld:

“Hay ciertos reproches que son alabanzas y ciertas alabanzas que condenan.”

CAPITULO XXIV.

EPILOGO.

A COMPAÑADO de su madre a quien adoraba, de su hermana Rosa y de sus hijos naturales Demetrio y Rosita, llegó don Bernardo O'Higgins al Callao el 28 de Julio de 1823, fecha que la historia habría de consagrar más tarde como el aniversario de la Independencia del Perú. Era O'Higgins Mariscal del Ejército Peruano y durante el Protectorado de San Martín le habían sido obsequiadas, en premio de sus servicios, las haciendas de Montalván y de Cuiba. Allí fué a esconder sus dolores y desengaños y a emplear sus energías en las labores tranquilas y soñolientas de los ingenios de azúcar. Veinte años vivió el ilustre proscrito que de soldado chileno había pasado a ser campesino peruano.

A Lima iba muy de tarde en tarde a visitar la pequeña tienda en que vendía los productos de sus haciendas.

A sus esclavos—pues entonces los había en el Perú—los trataba con miramientos desconocidos hasta entonces. Era costumbre allí encerrarlos durante la noche, en corrales, sin distinción de sexos ni familia. Les dió los medios de criar sus propias aves y animales, les proporcionó vestuario, les concedió un día franco en la semana para que cultivasen el pedazo de tierra que les daba y, por fin, llevó a la Hacienda un capellán encargado de darles instrucción religiosa.

Y por uno de esos extraños contrastes que ofrece el carácter humano aquel hombre todo bondad para sus esclavos y servidores, todo dulzura para su madre y hermana, era severo y frío con sus hijos naturales. Por atavismo, como le ocurriera a él con su padre, nunca se dió por entendido de los vínculos que le unían a esas tiernas e inocentes criaturas. Desde Montalván mantiene correspondencia con Bolívar, con el más tarde célebre Mariscal Santa Cruz y, en medio de sus afanes domésticos, de sus cuitas de hacendado y de sus estrecheces pecuniarias piensa y piensa en Chile. "Olvidado de las injurias descanso en la calma del bien que hice a mi patria" le dice a su amigo don Bernardo Monteagudo en carta del 14 de Noviembre de 1823. Y a otro, don Juan Martín de Pueyrredón, le decía que no le agitaba pasión alguna porque antes de vencer a sus enemigos había aprendido a vencerse a sí mismo.

Don José Antonio Rodríguez Aldea, que lo acompañó al destierro durante los dos primeros años, le fué fiel hasta su muerte, acaecida un año y tres meses antes que la suya.

Un viejo amigo inglés, John Thomas, lo acompañó en su destierro sirviéndole de secretario y de confidente hasta que cerró los ojos. Con él paseaba dando rienda suelta a su imaginación irlandesa que volaba evocando un Chile grande, potente, capaz de rivalizar en el mar con la propia Inglaterra.

En sus relaciones con el gobierno peruano que le brindaba hospitalidad observó una gran discreción y lealtad. En 1834, durante el gobierno del Presidente Orbegoso le pidieron, como a todos los generales peruanos, que acudiese a las armas para sofocar una revolución. O'Higgins se negó cortesmente diciendo que desde la memorable batalla de Ayacucho había envainado la espada que siempre había desnudado contra los enemigos de la patria común para empuñar el arado.

Anheló hasta el último volver a Chile. En carta dirigida al general Cruz le decía que deseaba que su patria le hiciese justicia restituyéndole su empleo y suspendiéndole el ostracismo antes de cerrar los ojos. "Esto es más por el honor de ella que por el mío" le decía con amarga verdad. Y agregaba más adelante:

"Tengo ganas positivas de ver la Alameda de la Independencia que hice plantar con el especial fin de que se celebrase en ella la fundación de nuestro primer paso dado hacia ese gran fin."



" . . . LA ALAMEDA DE LA INDEPENDENCIA . . ." EN 1822. (Pág. 168).

Pero sus deseos no se cumplieron. Sus últimos años fueron más que pobres, rayanos en la miseria. En carta dirigida desde Lima a su administrador el doctor Pequeño, que más tarde se casó con su hija Rosita y fechada el 23 de Diciembre de 1838 le dice:

“Espero la recua con tanta más ansiedad cuanto no hay plata ni para el gasto diario, pero si hay escaseces intolerables, también hay sobrada paciencia.”

Su salud comenzó a quebrantarse. En algunas de sus cartas se quejaba de sus males. “Estas enfermedades que afectan hasta los huesos—dice en una—son las flores que recojo de aquellas campañas y que sin duda me acompañarán hasta bajar al hoyo del olvido.”

Su madre, lo que más quería en el mundo murió el 21 de Abril de 1839 dejándolo anonadado de dolor y más abatido que nunca. La vida parecía cerrarse como una noche sobre su espíritu y en la mañana del 23 de Octubre de 1842 entregaba tranquila y dulcemente su alma a Dios en la ciudad de los Virreyes. El pueblo que lo había desterrado vistió luto público cuando supo la noticia y en esa misma Alameda de la Independencia que tanto ansiaba ver se levanta un monumento en que parece erguirse, no para pasar por encima del cuerpo de un soldado español como imaginó el artista que lo creó, sino para aplastar con la inmortalidad de su gloria el cuerpo, hoy inerte, de la ingratitud de sus contemporáneos.